disciplinas. Los horizontes abiertos en casi todos los órdenes de la realidad por la clara mente de Ortega eran tan incitadores, que casi todos sus discípulos se lanzaron a su exploración y conquista. Huéscar prefirió quedarse a poner orden en la casa. Decidió someter el frondoso bosque de las ideas orteguianas a un régimen de rigurosa arquitectura. Se limitó, es cierto, a unos cuantos puntos –en rigor a dos: la crítica del idealismo y la idea de verdad–; pero resultan ser fundamentales, verdaderos pilares.

Su labor, en definitiva, tiene un triple carácter ejemplar: ha mostrado con ella *lo que se puede hacer* con la filosofía orteguiana –desmintiendo con pruebas a los que la censuran por falta de sistematismo–, *lo que se debe hacer* –insistiendo en que se trata de un menester reclamado, por una parte, por la filosofía misma de Ortega, y, por otra, por la filosofía sin más, ya que, según él, se puede hacer o no filosofía, pero, si se hace, y se quiere hacer en serio, no hay más remedio que entender a fondo la "innovación metafísica de Ortega"– y *el modo concreto de hacerlo.*

Esta segunda edición de *La innovación metafísica de Ortega* viene acompañada por un nuevo prólogo de Javier Muguerza y un estudio preliminar de Jorge García-Gómez, traductor de la obra al inglés. Sean bienvenidos.

"La exposición de la crítica y superación del idealismo en Ortega puede valer como una buena introducción a su metafísica, y, tomada en su más amplio sentido, incluso como una introducción a su filosofía entera", dice Huéscar en las primeras líneas. Si ya se leyó la primera edición, será tiempo bien empleado el dedicado a su relectura. Si no fue así, no deje de leerse ahora.

LA FILOSOFÍA PEDAGÓGICA DE ORTEGA

ALMEIDA AMOEDO, Margarida Isaura: *José Ortega y Gasset: A aventura filosófica da educação.* Lisboa: Impresa Nacional-Casa Da Moeda, 2002. 675 p.

JAVIER ZAMORA BONILLA
ORCID: 0000-0003-0139-9714

Denuncia la autora de este completo estudio sobre Ortega que el filósofo español no es suficientemente conocido en Portugal. Posiblemente, si el libro aquí reseñado se distribuye bien, la profesora Almeida, de la Universidad de Évora, contribuirá de manera notable a cambiar esta tendencia y abrirá a muchos portugueses el rico panorama de la profundidad filosófica de aquel hombre que pasó entre ellos algunas etapas importantes de su vida.

Más allá de lo que el título pudiera dar a entender, el libro es un estudio omniabarcador de la obra y vida de José Ortega y Gasset. Las primeras 130 páginas presentan una biografía bastante completa del filósofo, mientras el segundo apartado aborda el estudio

Cómo citar este artículo:
Zamora Bonilla, J. (2002). La filosofía pedagógica de Ortega. Reseña de "José Ortega y Gasset: A aventura da educação" de Margarida Isaura Almeida Amoedo. *Revista de Estudios Orteguianos*, (5), 219-222.
https://doi.org/10.63487/reo.755

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

de la obra de Ortega. Sólo el último tercio está dedicado expresamente al tema de la educación, aunque esta materia es hilo conductor de toda la obra, pues Almeida ve en Ortega, sobre todo, un filósofo con afán de pedagogo. Para enriquecimiento de eruditos y curiosos, el ensayo también incluye una amplia bibliografía.

Las tres partes en que se divide el libro ofrecen perspectivas distintas pero complementarias. Si la primera trata la figura pública del intelectual desde un punto de vista circunstancial y biográfico, y la segunda ahonda en la filosofía orteguiana con perspectiva cronológica, la tercera recorre el interés de Ortega por la educación desde sus primeros escritos hasta sus últimos proyectos, como el Instituto de Humanidades internacional que previó en los años cincuenta del pasado siglo. Ortega es en el aspecto pedagógico un digno heredero de la Institución Libre de Enseñanza, aunque nunca fue su alumno oficial.

La preocupación de Ortega por la educación es clave para entender su actuación pública y su propia filosofía. Siempre intentó hacer una filosofía de la vida humana y para la vida humana, alejada de hermetismos sectarios que necesitan de exégetas preiniciados. A pesar de los primeros vapores idealistas de un neokantismo alemán insuficientemente digerido –al que la autora de este libro quizá quita importancia–, Ortega se dio cuenta pronto de que la pedagogía tenía que dirigirse al hombre concreto, que ríe y llora, que sufre y siente, aunque el enfoque pedagógico no podía olvidar que el hombre es, como decía Aristóteles, un animal hecho para convivir, de ahí que uno de los primeros textos orteguianos llevara el título de "La pedagogía social como programa político" (I, 503-521), no obstante tener aquí *lo social* un sentido más platónico que aristotélico. Estaba Ortega en aquel momento entre dos aguas, la cientifista neokantiana y el subjetivismo español que, como decía Unamuno, no podía ocultar aunque quisiera. Era éste el que ya antes de ir a Marburgo le llevaba a querer enfrentar una "pedagogía del paisaje" (cfr. "Moralejas", *El Imparcial* 17-IX-1906, en I, 54), donde el individuo es el mirador –o espectador, por utilizar una expresión más orteguiana–, a la pedagogía social del que será poco después su maestro marburgués Paul Natorp.

El principal afán político de esta primera época, que será constante ya en Ortega, es el de la política pedagógica que se convierte en pedagogía política, educación que enseña al hombre a estar en su circunstancia conviviente. Ortega, junto a otros jóvenes de la que será conocida como Generación de 1914, estaba empeñado en elevar el nivel cultural de los españoles para que España mejorase. Este afán está detrás de la Liga de Educación Política Española con la que aquellos jóvenes se presentaron en público a finales de 1913. Su esfuerzo iba encaminado fichteana y fenomenológicamente a conocer la realidad de España para actuar en consecuencia, pues pensaban –ya poco a poco alejados de los neokantianos– que sólo el conocimiento de la realidad

haría factible la consecución de sus ideales políticos, que en gran número interpretaban como un liberalismo social o solidario. Deseaban que España se convirtiese en un régimen liberal demócrata que garantizase la participación libre de los ciudadanos en la política, defendiese el disfrute de los derechos y libertades fundamentales del individuo y propiciase la participación estatal en provecho de la escuela pública laica, de los seguros obreros y de todas aquellas necesidades sociales donde el individuo no se puede valer por sí mismo.

La autora, que ha entendido este "liberalismo esencial" de Ortega, nos recuerda un texto de 1909 en el que el filósofo interpreta el liberalismo desde el punto de vista individual como la "licitud extrema" de las acciones del individuo, y, desde el punto de vista político, como la "obligación" estatal "de poner al individuo en condiciones cada vez más perfectas para usar de esa libertad" (cfr. "Los problemas nacionales y la juventud", X, 113). Un liberalismo, por tanto, que no prescinde del Estado sino que lo utiliza en función de las necesidades sociales y a favor de las clases más desfavorecidas –muy distinto a autoproclamados liberalismos actuales–. Un liberalismo que sabe que lo fundamental es la libertad del individuo, ejercida especialmente sobre sí mismo para llegar a ser el que cada uno siente ser y dar cumplimiento a la personalísima vocación.

Ortega fue consciente de que la educación, aunque encaminada a la convivencia, es siempre individual; se educa al individuo concreto. Esto lo sabían bien los institucionistas y de ellos aprendió Ortega que, muy antikantianamente, la enseñanza primaria debe fomentar en el niño la vida primaria y espontánea si quiere respetar la naturaleza del niño. El maestro es aquí manantial y muro: manantial que alimenta la vida infantil y la enriquece y muro que encauza el arroyo de esa vida para que en la enseñanza secundaria y superior el ya mocete pueda aprender la cultura.

Como muy bien señala Almeida, Ortega apreció el papel que el mito juega en la educación infantil. Es curioso, además, cómo en sus últimos años de vida se preocupó insistentemente por el mito como forma de acercarse a la realidad cuando la razón no es capaz de dar razones, de ayudarnos a comprender. El niño, que no está *habituado* a las cadenas lógicas, entiende más fácilmente el mundo que le rodea por medio de metáforas y cuentos. Ortega, que creyó profundamente en la razón, sabía que la educación necesita también de la ilusión y del sentimiento, y por eso defendió una pedagogía de la alusión y de la contaminación, una pedagogía que no lo dice todo sino que insinúa y marca el camino, una pedagogía que enseña con el roce y con la transmisión del entusiasmo más que de los conocimientos, aunque estos son imprescindibles en toda educación. Ni la pedagogía jesuítica encaminada a la erudición, ni la "pedagogía matemática, física y biológica" bastan para "desbarbarizar al hombre" (cfr. "Miseria y esplendor de la traducción", en V, 449),

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

que necesita comprenderse y comprender el mundo a partir de un entendimiento de la historia desde la nueva perspectiva que abre la razón vital e histórica.

Como no podía ser de otro modo, Almeida dedica varias páginas a analizar *Misión de la universidad* y el reflejo que las ideas pedagógicas de Ortega tuvieron en la Escuela de Madrid, aquella gran Facultad de Filosofía que tantos y gratos frutos dio en los años de la II República, vinculada para siempre a nombres como el de García Morente, Zubiri, Gaos o Zambrano. Para Ortega, la universidad debe ser el nuevo poder espiritual pero no ha acertado en su misión porque ha insistido en exceso en intentar hacer científicos a todos los alumnos, sin darse cuenta de que la ciencia debe quedarse en el dintorno de la universidad y enriquecer a ésta con el trato frecuente y cotidiano. La universidad, según Ortega, debe centrarse en su misión pedagógica y enseñar al estudiante medio a ser un buen profesional y un hombre culto, teniendo en cuenta que la cultura es para el filósofo el sistema vital de las ideas desde el que vive cada tiempo. Por esto, Ortega creía que el núcleo de la universidad debía ser una facultad de cultura donde los alumnos aprendiesen las principales disciplinas (física, biología, historia, sociología y filosofía), enseñadas por profesores seleccionados por su capacidad docente, capaces de transmitir al alumno los conocimientos necesarios con una pedagogía sistémica y sintética. La clave está en que haya buenos usos internos y una atmósfera pública enriquecedora. Son temas sobre los que todavía cabe pensar y nos invita a ello el libro de esta pedagoga portuguesa.